

b) Antes de los trabajos de M. Champolión, la ciencia *ignoraba* el significado de los jeroglíficos de las Pirámides egipcias; y

c) Antes de los descubrimientos de Harvey sobre la circulación de la sangre, la medicina *ignoraba* este hecho.

En la primera de estas formas hay carencia de ciencia, pero no hay propiamente *privación de ella*; en las otras dos hay privación de ciencia, pero con esta distinción: que la ignorancia de la clave jeroglífica no era una cosa que se debía saber, mientras que la ignorancia de la medicina sobre la circulación de la sangre, era ignorancia de cosa que era preciso no ignorar.

Podemos, pues, dividir la ignorancia en simple *nesciencia*, en *ignorancia negativa* y en *ignorancia privativa*. La *nesciencia* es el simple no saber; la ignorancia negativa es no saber una cosa que se trata de saber ó que se investiga; y la ignorancia privativa es la referente á cosas que se deben saber.

JULIÁN RESTREPO HERNÁNDEZ

## APUNTES AUTOBIOGRAFICOS DEL GENERAL D. JOSE MARIA ORTEGA Y NARIÑO

Continuación

“La celeridad de los movimientos, la consternación general, la pérdida ya segura de Venezuela, la falta de recursos, con otras mil circunstancias todas desfavorables á la causa de la República, introdujeron en la plaza desconcierto é incertidumbre sobre el partido que debía adoptarse. Una junta de guerra debía decidir, de una manera pronta, si la plaza se sostenía, conforme á las últimas órdenes recibidas del Libertador ya en sus agonías, ó si debía evacuarse para buscar al General Urdaneta y al Coronel

Rodríguez, que luchaban en los pueblos de Occidente. Muchos oficiales venezolanos opinaban por el segundo partido; todos los granadinos, por el cumplimiento de las órdenes que acababan de recibirse.

“La plaza se puso en estado de defensa, porque el virtuoso y siempre leal General Escalona así lo dispuso; y ORTEGA, como su segundo, contribuyó, como debe suponerse, á cuantas medidas podían salvarla; rehusando el ofrecimiento muchas veces hecho por el Sr. Antonio Sosa-ya, para que á su lado buscara la División del General Urdaneta. Mulas y dinero ponía á su disposición; pero nada más pudo conseguir que un eterno reconocimiento á sus generosas ofertas, y una respuesta igual á la que llevara Celedonio al Coronel D’Elhuyart.

“Trece horas habían pasado cuando comenzaron á verse grupos de las tropas vencedoras de Boves, por la parte del Morro de Valencia. ORTEGA atendía á todas partes y visitaba á cada instante los destacamentos y casas de uno de los ángulos de la plaza que le tocaba defender. A su suegro el Sr. Fernando Párraga correspondía sostener la conocida con el nombre de *Los Mancebos*, en dirección al convento de San Francisco, y en donde estaban reunidos los objetos más caros á su corazón.

“Por todas partes se oía el ruido de las puertas, las pisadas inciertas de tanta joven cuyas madres, bañadas en lágrimas, no atinaban dónde colocarlas; el martillo del artillero desclavando cajones de cartuchos, para repartir á cuantos los pedían; el hacha del carnicero picando la carne de las pocas reses que pudieron escaparse. Se veía el soldado, al lado del ciudadano, acomodando la piedra á su fusil; los cañones ocupando las bocas de las trincheras que acababan de improvisarse; los oficiales recomendándose mutuamente el cumplimiento de sus deberes; el templo principal lleno de sollozos y plegarias al Dios de los Ejércitos, y el campanero cogido de la cuerda de la campana, para tocar por última vez las doce, aquel día 23 de Junio de 1814.

“Sonaron, y sonó también, en la dirección de San Francisco, la primera descarga de las guerrillas españolas. Correspondido el saludo por los destacamentos que ORTEGA mandaba, la decoración de la plaza se mudó repentinamente. Todo el mundo á su puesto, las mechas encendidas; y el General y el Gobernador Dr. Espejo, con los hombres de más valer, observando los movimientos enemigos desde la azotea de la casa del Coronel Páez. Avívase el fuego por la parte en que había comenzado; y ORTEGA, solo con su ayudante el joven granadino Andrés Sordo, marcha por la mitad de la calle á estrellarse contra más de trescientos hombres que ocupaban la casa alta de la Sra. Francisca Arvelo, pabellón en otro tiempo de los oficiales granadinos. Los gritos de su familia, las instancias amorosas de su padre político; las amenazas del General Escalona, de que si no se retiraba le mandarían hacer fuego; el murmullo de más de doscientos espectadores que apoyaban la resolución del General, no bastaron para que ORTEGA abandonara su propósito de ocupar los primeros atrincheramientos que debía defender; y siguió su marcha, recomendando á su ayudante lo hiciera él de puerta en puerta. Eran las doce y media, y dos graves heridas en el pecho y brazo izquierdo lo obligaron á retirarse, de modo que el enemigo no conociera su situación. Fue la primera sangre derramada en este desgraciado sitio; y para permitir á los cirujanos el reconocimiento de la herida que recibió sobre el corazón, hizo traer un sacerdote para que, antes de que ellos operaran, le impartiera la absolución como á católico romano. ORTEGA quedó fuera de combate, y sostenido por la mano de su esposa, se le colocó en la casa en donde el General consultó su mayor seguridad.

“Una plaza descubierta por todas partes, y atacada de improviso por más de 3,000 hombres victoriosos y con Boves á la cabeza, necesitaba de un heroísmo extraordinario para ser defendida por sólo 500, entre militares y paisanos, sin víveres y sin esperanza de humano socorro. Del

23 de Junio al 10 de Julio duraron los estragos de tan tremenda como desigual contienda, y la necesidad de salvar á más de 3,000 mujeres y niños, inclinó al General Escalona y á la mayoría de la guarnición á entablar negociaciones con el Jefe sitiador, y celebrar una capitulación por la que se garantizaban las vidas y equipajes.

“La situación de la plaza era desesperante. La poca carne de mula y de caballo que quedaba, estaba convertida en una asquerosa gusanera; las municiones en muy pequeña cantidad; la mayor parte de sus defensores arruinados por el hambre y por más de diez y seis vigiliás; los jefes y oficiales de más prestigio mal heridos y abandonados en el hospital; y la gente infeliz y desgraciada á todo se avenía menos á continuar en la situación en que se encontraba.

“Boves, pues, con todas estas ventajas, se apoderó de los que creyeron en su palabra; y la capitulación fue violada letra por letra. 500 hombres, por medio del engaño, fueron asesinados en partidas de tres hasta sesenta, sin hacer uso de otras armas que la de lanza y el machete. A ninguno (con una sola excepción) de esos seres desgraciados, se les concedió el menor auxilio religioso, puesto que para los españoles, lo mismo que para los americanos que los seguían, el insurgente debía morir en cuerpo y alma. A ninguno de los sitiados quedó otra cosa que la ropa que llevaban sobre sí; pues Boves había ofrecido no responder de los desmanes de su tropa, si en una casa que destinó al efecto no se depositaban todos los que á cada uno correspondían, para devolverlos. La confianza de los valencianos proporcionó á aquel monstruo el más espléndido botín.

“Difícil sería enumerar las vejaciones y ultrajes que entonces se cometieron. Las carnes se estremecen al contemplar á Valencia en aquellos momentos, en poder de una soldadesca bruta, feroz y desenfrenada, y en que tanto los hombres como la chusma de mujeres corrompidas que los seguían, y que en su mayor parte eran de color, hacían

alarde de quién y cómo se vengarían mejor de tantas desgraciadas víctimas entregadas á su discreción. La muerte y el pillaje eran su embeleso; y no perdonaron, al hacerse dueños de la plaza, ni á las que, como la Sra. Gertrudis Párraga, cuñada de ORTEGA, defendía desde una miserable cama, la única sábana con que ella y su hijo de tres días de nacido se cubrían (1).

“ORTEGA, con sus dos heridas, se hallaba en el hospital, privado de todo auxilio, y al lado de muchos de sus compañeros de armas esperaba por momentos la muerte, pues que hombres sin piernas ni brazos fueron sacados y alanceados cerca de la puerta del mismo hospital.

“El 11, á las ocho de la mañana, la señora de ORTEGA se acercó con mil trabajos y peligros á la ventana de la casa donde él estaba, y sin darse por entendida de la muerte de su querido padre (2), por no agravar la suerte de su marido, le entregó una arepa ó pan de maíz que ocultaba en el seno, y que fue el primer alimentó después de veinticuatro horas de no pasar bocado (3).

“Ella lo animó cuanto pudo; y desde aquel instante la Divina Providencia la destinó para salvadora de su marido, por lo cual recibió de los españoles mismos, por tan singular conducta, el epíteto de Heroína. Lo que ella hizo por ORTEGA en aquellos días de luto, espanto y desolación, sólo puede medirse por el resultado de sus trabajos y fatigas: ORTEGA se salvó!!” (4).

(1) Contaba Doña Gertrudis que un soldado cogió al niño de un pie y levantó la cuchilla para partirlo de un golpe. “¡Bárbaro!, le gritó el oficial, deteniéndole el brazo, ¿no ves que esa criatura puede estar sin bautismo?”

(2) D. Fernando Párraga fue alanceado por orden de Boves.

(3) Doña Mercedes llevaba dos arepas. Al pasar por una calle, vio en la ventana al saleroso y valiente oficial bogotano Manuel Paris. “Merceditas, le dijo, me van á lancear en este instante, pero no quiero morir con hambre. Consígame algo que comer.” Doña Mercedes le dio uno de los panes y siguió á llevar el otro á su marido. Cuando ella llegó á la casa que servía de hospital, ya Paris había sido asesinado.

(4) Cód. I.

Ayudó, como advertirá el lector, á semejante prodigio, la humanidad de algunos militares realistas. Es grato ver que si el atroz Fernando VII confió la reconquista á generales sanguinarios como D. Pablo Morillo, y á monstruos como Boves y Morales, vinieron en las tropas peninsulares, oficiales y jefes que no habían bastardeado de la tradicional hidalguía de la gente española.

El General ORTEGA narra así los pormenores de su evasión, en sus apuntes íntimos :

“Comprendido en la capitulación de Valencia, en su segundo sitio; me hallaba herido en el hospital, como lo he explicado ya en mis apuntamientos sobre mi vida pública.

“El día de la ocupación de aquella desgraciada ciudad por las turbas realistas, compuestas en su mayor parte de zambos y negros venezolanos, lo pasé en el hospital, sin saber lo que me estaba pasando. Al siguiente día, Mercedes, á quien Dios destinó para mi libertadora, y bajo la protección de María Santísima, previó con razón que mi vida, en aquellos momentos, no podía estar segura si no me refugiaba en otro lugar.

“Como á la sazón Boves desconocía la autoridad del Capitán General Cajigal, Mercedes se aprovechó de esta circunstancia para implorar protección del Capitán Yaguno, Secretario de este Jefe, suplicándole que á toda costa me sacara del hospital. Yaguno se hizo cargo de la empresa, y á las siete de la noche me hizo sombra con su capote y me condujo á una de las piezas de la casa donde él estaba alojado, y que era la misma del Coronel Dato, Gobernador de la plaza, al servicio de Boves. Tocóme la casualidad de encontrar allí al Capitán patriota Diego Jugo, cuya vida había ofrecido salvar el Coronel Remigio Ramos, también devoto de Cajigal. A pocos días Jugo murió alanceado.

“Ramos nos sirvió esa noche de guardia y nos salvó la vida. Al siguiente día Mercedes, prevalida de la amistad de la dueña de la casa, y atendida á sus relaciones de familia, le suplicó le diera una pieza donde podernos ocultar,

pues que de ningún modo podíamos salir á la calle. La señora, llamada Ursula Yáñez de Malpica, compadecida de nuestra suerte y horrorizada con la muerte de tantos hombres, entre los cuales figuraba mi bien sentido suegro, Sr. Fernando Párraga, se allanó á darnos una cocina ó caballeriza, pero con la condición de que fuera con conocimiento del Gobernador. Mercedes por todo pasó; y á pocas horas el Secretario de la Gobernación, Capitán Rus, era sabedor de que en su casa de alojamiento se encontraba un oficial de los que debían morir. Me visitó, al principio más por curiosidad que por otra cosa, pero luégo fueron tan fuertes sus simpatías por los dos desgraciados, que me juró que mientras estuviera él en Valencia, nada teníamos que temer.

“Cumplió fielmente su palabra, pues además de habernos granjeado la compasión del Gobernador Dato, á pocos días llegó orden firmada de Boves para que se nos matara inmediatamente, y tuvo la caballerosidad de entregárnosla para que la rompiéramos, sin que llegara á noticia del Gobernador. Allí pasámos algunos días, en que el Gobernador nos hizo algunas visitas, y una de ellas vestido con mi ropa que en el botín le había tocado, para preguntarnos si le quedaba bien. Un caracol de zaraza y una camisa rota era todo mi ajuar; y el de mi compañera inseparable, un pañolón de algodón y un gastadísimo traje. Nos teníamos en cambio, el uno al otro. Dato disfrutaba de nuestro equipaje, nosotros del más puro amor, de la más grande resignación.

“Las circunstancias nos obligaron á dejar aquel asilo, cuando el ruido de la guerra había calmado un tanto, y salimos á una casa abandonada, en donde habían sido asesinados sesenta de nuestros compañeros. Reunida allí nuestra familia en la más grande miseria y sin humano consuelo, resolvimos de una vez y corriendo toda suerte de peligros, abandonar á Valencia y retirarnos á un campo cerca de la cumbre de Vigirima, y en el mismo lugar donde an-

tes recibiera la licencia para mi matrimonio. Confieso que, bien por mis pocos años, ó bien porque Mercedes se propuso siempre endulzar mis padecimientos, no sufrí en el alma la mitad de los males físicos que tanto, tanto nos estrecharon." (1).

Sigue la relación en los apuntes sobre la vida pública:

"En uno de aquellos días, vieron ORTEGA y su esposa sacar de la casa misma donde se hallaban asilados y llevar al patíbulo á D. Juan Francisco Ponce y al Comandante Gogorza. Al fin los dos esposos lograron abandonar la ciudad y refugiarse en un monte cerca de la cumbre de Patanemo, á inmediaciones de Puerto Cabello. En uno de aquellos días pudo ORTEGA esbozar una imagen de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá. Ejecutada la pintura por un jovencito que se prestó á hacerla, desde entonces lo acompaña á todas partes, como un emblema de su religión, como el más vivo recuerdo de la conservación milagrosa de su vida, como un homenaje del más humilde respeto á la Distribuidora de toda gracia (2).

"Un año entero pasó ORTEGA, al lado siempre de su desgraciada familia, escapando día por día, momento por momento, del puñal del asesino. Un año entero sufriendo los más crueles dolores, por razón de sus heridas y de las privaciones de lo justa y escasamente necesario para la vida; hasta que interrumpidas sus penas por otras mayores, cambia de situación, reagrándose sus padecimientos morales.

"En 1815, Venezuela se encontraba en poder del ejército español, y éste, aunque dividido por los jefes que lo mandaban, continuaba en la guerra de sangre y muerte

(1) Cód. II.

(2) Esta imagen se conserva, con la mayor veneración y cariño, en poder de la Sra. Emilia Ortega de Carrasquilla, hija del General. Está la Virgen, pintada al óleo, en una tablita de veinte centímetros de alto, por treinta de ancho. Como ORTEGA la dibujó de memoria, hay muchas diferencias de port menor entre ella y la imagen que se venera en Chiquinquirá.

contra los muy pocos patriotas que, por el Oriente, se retiraban á las provincias de Guayana, Cumaná é isla de Margarita.

"Las tropas del feroz Boves estaban adueñadas de la generalidad del Llano, ocupaban á Caracas, y su Jefe desconocía la autoridad del Capitán General D. Juan Manuel Cajigal. De San Carlos hacia el Occidente, se le obedecía; y en los pueblos de su dominio había más espera para uno que otro patriota que se determinaba á vivir en ellos.

"ORTEGA, al lado siempre de su esposa, vagaba de monte en monte y de casa en casa, huyendo de la cuchilla española. Resuelto á trasladarse á donde fuera menos perseguido, marcha incógnito á la villa de San Carlos. Varias piezas oscuras y retiradas ocupa en las casas de antiguas amigas y parientas de su mujer, y reducido á la más grande miseria, no sabe qué partido tomar. Los primeros arranques de benevolencia y hospitalidad de sus protectoras pasaron, á poco tiempo, á una grande indiferencia y al temor de ser perseguidas por el amparo que prestaban á los jóvenes esposos; supuesto que ya en la guarnición de San Carlos corrían rumores de que á ORTEGA se le asilaba.

"El Regimiento de Granada, al cual pertenecían varios oficiales que lo habían buscado para asesinarlo, era el Cuerpo á que con razón más se temía; y ORTEGA, muchas veces casi resuelto á presentarse para terminar sus padecimientos y no ser gravoso á las personas que, si bien ahora se conducían mal, antes le habían prestado delicadas atenciones, era detenido en su propósito por su noble y desgraciada compañera, y aguardaba.....

"La Sra. Micaela Malpica, patriota y de una fuerza de espíritu extraordinaria, vivía en su hacienda á dos leguas de la Villa. Sabedora de la situación desesperada de ORTEGA, le ofrece su hacienda, mesa y cuanto ella tuviera, y quiere cargar con las responsabilidades y compromisos que otras esquivaban.

"A la madrugada del segundo día de este generoso ofrecimiento, ORTEGA enjalma una mula, sienta en ella á

su respetable compañera, toma el anca de la cabalgadura y emprende camino, sin más equipaje que la ropa contenida en un pañuelo. Llegan sin novedad á su destino, respiran, toman posesión de un decente y cómodo alojamiento. El día fue hermoso y entretenido; y la señora Malpica era colmada á cada instante de las bendiciones de sus huéspedes. Muy poco duró la calma. Al día siguiente, como á las nueve de la mañana, llega un negro mandado por las Sritas. Hidalgos, con una tira de papel mal escrita, que sólo contenía estas palabras: 'Ortega: sabemos que los oficiales de Granada van á asesinarlo. Vea lo que hace.' La señora Malpica ofrece sus montes y sus criados. Amontonados en aquellos momentos de amargura cuantos inconvenientes había que vencer para llegar á un feliz resultado, antes que corrieran las horas, ORTEGA, decidido siempre á no abandonar á su esposa, y pidiendo al Cielo luz para obrar como debiera, desata la mula que bajo un guayabo estaba á la sombra, la enjalma, toma á su señora de la mano, montan y se despiden otra vez para San Carlos. Ninguna reflexión lo detiene, pica, y á poco tiempo se encuentran en el mismo camino en que un día antes tantas esperanzas de ventura se prometieran.

"Cerca de la entrada de la Villa tienen que pasar un ancho río, y al acercarse á su orilla, ORTEGA y su compañera de viaje ven llegar á la ribera opuesta los oficiales de Granada..... ORTEGA reúne sus fuerzas, recorre con el pensamiento en un instante todo el peligro, se hace cargo de él, mira para todas partes, alienta á su esposa, recomendándole la mayor indiferencia, y entra en el agua, á la vez que los oficiales la pisaban. El salpique de sus caballos corre por las piernas desnudas de ORTEGA, que no siendo conocido, llega á las doce del día á casa de las Sras. Hidalgos. Sólo á la sorpresa que ellas recibieron puede compararse el grado de gratitud para con Dios de los que acababan de llegar á sus puertas. A los pocos días volvieron ocultamente á sus montes de Patanemo. En Junio de 1815 ocuparon á Guacara las primeras tropas del ejército paci-

ficador, al mando del General D. Pablo Morillo. El General José Tomás Morales, segundo en otro tiempo de Boves, marchaba á su lado (1).

"Como por todas aquellas comarcas no existía otro oficial patriota que ORTEGA, inmediatamente se destacó una partida de cuatro zambos para aprehenderle; y á las cuatro de la tarde del 20 de Junio, sorprendido en el momento de estar cultivando una pequeña huerta, fue conducido á pie y á paso de trote por más de dos leguas. Grande fue su sorpresa cuando en un gran salón se encontraron medio de veinticinco oficiales españoles y á su cabeza el General Morillo; y grande también fue la de este General cuando supo, de boca del mismo ORTEGA, que era granadino, y su grado entre los patriotas el de Teniente Coronel. Después de los insultos de ordenanza, le destinó de soldado de la División de vanguardia, al mando del General D. Tomás Morales.

"Detengámonos unos momentos á trazar, aunque rápidamente, algunos rasgos de la vida y carácter de tan sanguinario Jefe; puesto que eso hará conocer, mejor que un largo y dilatado escrito, cuáles eran los sufrimientos de los que servían á sus órdenes, y más si, como ORTEGA, le eran confiados para castigo de su insurgencia.

"Morales, nacido en las Islas Canarias, vino á Venezuela y se ocupó, como casi todos los isleños, en los trabajos del campo y de una pulpería (1). Casó con una señora Bermúdez, á quien luégo abandonó, porque era enemigo mortal de las mujeres. Tomó parte en la guerra contra los independientes, siempre al lado de los hombres más corrompidos y sanguinarios de su tiempo, y á nadie cedía en crueldad. Era activo por naturaleza, y emprendedor como el primero; severo como ninguno, á la vez que se le veía constantemente en juegos, hasta indecentes, con el úl-

(1) Boves decía de Morales: "Este Tomás es un buen chico, aunque algo sanguinario."

(2) Tienda de víveres y licores al por menor.

timo de sus soldados; parco en su mesa y algo descuidado en su traje; muy decidido por las buenas mulas, que cuidaba con esmero. Dormía poco, y se entretenía en revolver en su imaginación crueldades que cometer, empresas que realizar y chascos que dar á los que lo acompañaban. Le gustaba la música, y se hacía dar conciertos en los campos más desiertos y en las noches más tenebrosas. Escribía mal y dictaba peor. Disciplinaba su tropa con tesón y por sí mismo, gustando muchas veces de hacerlo en las horas de más tormento para el soldado. Varias ocasiones se le vio, á las nueve de la noche y á toda orquesta, mandar el manejo y suplemento á la caja, y esto al pie de un páramo y en medio de un furioso chubasco.

“Raro en todas sus cosas, no hacía alto en los desmanes de su tropa, á la vez que en otras ocasiones la pérdida de una bayoneta ó cosa semejante, lo enloquecía, y él mismo no sabía cómo ni en quién vengar su enojo. Eso era poco ó nada respecto de la situación en que se ponía cuando se le daba parte de alguna desertión. Perdía el habla, arrojaba espuma por la boca, los ojos se le encendían, y daba rienda suelta á las más extravagantes venganzas. En Orituco se le avisa que dos soldados han faltado á las tres listas. Era domingo: forma el primer Cuerpo, compuesto de 1,500 hombres; diezma las compañías á que pertenecían los desertores y pone en capilla á los sorteados para fusilarlos. Degrada á los sargentos y depone, en nombre del Rey, á todos los Capitanes de la División. Hace desfilar la compañía de Granaderos, y con un fusil en la mano, va estropeando á cada uno de los que pasan. Espera que el sol suba en aquel ardoroso clima, y manda que toda la tropa oiga la misa, rodilla en tierra; y para que nadie intente variar de posición, despliega 150 hombres con orden de hacer fuego á quien mudara de postura. En San Cayetano de Cúcuta, al saber que un soldado trataba de desertar, sin otra formalidad, forma un círculo de veinticuatro cabos, y al redoble de la caja se descargan tantos palos sobre las espaldas del infeliz Juan Gómez (así se llamaba

el soldado), que queda muerto en aquel horroroso suplicio. No acabaríamos; pero apuntaremos otro hecho de mucha significación:

“En la Villa de Cura da orden, bajo pena de la vida, que nadie se quede cien pasos á retaguardia del ejército. Uno de los Capitanes, que montaba un caballo indómito, es arrojado á tierra; y forcejeando para volver á montar, se atrasa de su puesto. Llega Morales, lo hace colgar de un árbol, y muere ahorcado.

“Volvamos á ORTEGA. Al siguiente día marchó en la compañía de Granaderos del Rey, á cuya cabeza estaba el Capitán D. Nicolás López, hombre bien conocido en la Nueva Granada. ORTEGA, que apenas logró despedirse de su esposa, que con su madre lo había seguido á pie, no pudo dejarle otra cosa para su subsistencia, que la pequeña huerta que cultivaba. Un estrecho abrazo los separó. Los gritos y llanto de aquellas desventuradas señoras, mezclados y confundidos con la marcha tocada por una escogida banda de música, fueron el adiós dado á ORTEGA, quien al lado de su cuñado Fernando llevaba el paso, los labios mordidos, y el fusil sostenido con la mano derecha, pues que la izquierda la tenía impedida absolutamente. A los tres días, estaba en el mismo Puerto Cabello, en donde con tanto lucimiento figurara en tiempos no remotos.” (1).

(Continuará)

## CONFERENCIA DE CARIDAD

Dada en la Iglesia de Santa Clara

á favor de la “Casa de Oficios”

Excelentísimo Señor, señoras y señores:

Entre la beneficencia puramente humana y la divina caridad, á pesar de que se asemejan por defuera, median las diferencias que hay entre lo terreno y lo celeste, entre lo meramente natural y lo que se realiza con los sobrenaturales auxilios de la gracia. La una proviene de afectos sensibles, la otra del amor de la voluntad movida de lo alto; la primera nos es común con

( 1) Cód. I.